

Aliana González

La Peste

Una batalla de fe y esperanza

"En la peste estamos" gritan las paredes. Tres huesitos y una calavera en un agujero, dibujados con la torpeza de un niño, complementan el grafiti. Más allá, un grito silencioso que aparentemente pasa desapercibido, recorre fuertemente la ciudad escrito en un muro "En la peste desenterramos la verdad". Y con la verdad, han desenterrado la justicia, los derechos humanos, la solidaridad y ante todo, el amor.

Hermanados en su dolor, dándose fuerza en lo colectivo y alzándose inmensos en su grandeza, esta gente del pueblo —los familiares del 27 de febrero— le han entregado a Venezuela una lección insólita, al mostrar que la justicia es necesario fabricarla desde abajo, andarla y dignificarla con la constancia y el reclamo permanente. Porque han logrado lo increíble, lo que nadie creyó nunca: que el Estado aceptara parte de su responsabilidad, ante los trágicos sucesos del 27 de febrero.

Y es que la apertura de fosas comunes y la inhumación de los cuerpos de los desaparecidos, cuando cumplimos 33 años de democracia, es un hecho sin precedentes en nuestro país. Se ha querido que pase por debajo de la mesa, quitándole jerarquía a la información y disminuyendo su presencia en los medios de comunicación social, pero la inhumación en La Peste deja al descubierto algo más que huesos y cadáveres. El nauseabundo olor que despidió esta terrible herida en la tierra, que guarda una cantidad incalculable de seres humanos, no tiene tanto que ver con la muerte, como con la corrupción de un sistema demasiado maltrecho, como para poder llamarlo justo.

La increíble lección radica en la diferencia insólita de fuerzas entre las dos partes. De un lado intereses acostumbrados a moverse utilizando los más variados e ilegales mecanismos que coloquen la

balanza a su favor; el poder, omnipotente, que siempre logra lo que persigue, que tiene dinero, influencias, contactos. Del otro, el hombre —sobre todo la mujer— del pueblo, golpeado por una realidad abrumadora y dolorosa. Quien, habitando los cerros de Caracas, siempre ha jugado a ser perdedor, que tradicionalmente ha sido despreciado por su condición de pobre, que no conoce sus derechos y nunca los ha reclamado, pero que esta ocasión ha contado con dos poderosas armas: la solidaridad y la esperanza.

BAJO TIERRA NOS ESPERAN

El compromiso es con el que se fue, con el ser querido del que no hubo posibilidad de despedirse. Este es realmente el nexo que une a los miembros del Comité de Familiares de las Víctimas de los Sucesos de Febrero-Marzo (Cofavic) y que hace a esta institución tan especial.

Es una decisión íntima, tomada con tiempo. Permite por ello casos como el de María de Avila, quien sí pudo enterrar a su hijo José Vicente Pérez, muerto el 28 de febrero en la calle 14 de El Valle, con apenas 18 años de edad. Sin embargo, aún cuando podía quedarse cómodamente en su casa llevando flores una que otra vez al cementerio, no ha dejado de montar guardia una noche en La Peste, acompañando a los que aún no han salido de debajo de la tierra. En realidad acompaña a su hijo, a la posibilidad de descubrir la verdad, a la imperiosa necesidad de que se haga justicia.

—Estoy aquí aunque todo esto reaviva mi dolor, me recuerda aún más a mi hijo, me hace estar triste. Pero es que yo pasé por todo lo que ellas (las otras familiares) están pasando. Hay que ser solidario, estar juntos y hay que tener fe. Pero ante todo, queremos que todo se sepa— dijo. Su silencio le da fuerzas a las otras ma-

dres, hermanas y esposas que esperan interminablemente, imperturbables.

Lo que aún más llama la atención es que la mayoría de los familiares que son miembros activos de Cofavic y que han luchado por lograr la inhumación de los cadáveres de la fosa común de La Peste, no tienen a sus muertos en estas fosas y sólo ocho de ellos, esperan por enterrar dignamente a sus seres queridos. Los demás, como María de Avila, sólo espera por desenterrar la verdad.

El camino hacia La Peste es largo, tortuoso, inalcanzable. Al llegar se empieza a respirar una honda tristeza, de larga pena llevada adentro. Es ante todo duro, no sólo por las terribles escenas que se ven a diario, cuando emerge del fondo un rostro ya reseco, de piel escasa, de poco pelo y mirada al vacío, desmoronándose al ver la luz, como pidiendo auxilio, mientras otro le sigue atrás. Es largo, porque son dos años pidiendo justicia, esperando ante puertas cerradas, recibiendo negativas y armándose de nuevo de valor para volver a andar otra vez. Es desalentador, porque el trabajo en sí mismo es lento, y es un día tras otro, cediendo en oportunidades al olvido de los que no vivimos esa realidad de manera tan cercana. Pero los alimenta, porque comprueban que todo se logra cuando se lucha en colectivo.

COMPARTIR EL DOLOR FORTALECE

—Recuerdo que las primeras reuniones eran muy dolorosas. La gente iba a llorar, a recordar a su hijo muerto, a manifestarle al otro su tragedia. Fueron meses y meses elaborando el luto. Al principio todos iban con su único y personal dolor, muy propio. Pero poco a poco comenzaron a compartir su tragedia con el otro, que sufría por una pérdida similar. Descubrimos que compartir el dolor fortalece— dijo Liliana Ortega, asesora jurídica de Cofavic y junto a Enrique Ochoa Antich, los únicos sin familiares muertos en los sucesos de febrero, que forman parte de esta organización.

Otra de las cosas que hace especial a Cofavic es que se trata, por primera vez, de una institución de derechos humanos que es movida, fundamentalmente, por los afectados. Se han incorporado a su problemática, conduciendo ellos mismos el proceso. Han aprendido terminología



FRASO

Porque lógicamente la noticia se publica cuando se produce. Ha sido muy complicado luchar contra el olvido— comentó Liliana Ortega.

De hecho, han tenido información de que los canales de televisión del Estado recibieron instrucciones de minimizar y no darle cobertura a lo que ocurre en La Peste, así como otros medios de comunicación, han recibido diversas presiones.

Además, los miembros de Cofavic han sido hostigados durante todo el proceso, sobre todo durante los primeros días de la apertura de la fosa común. De hecho la casa de Margarita Maderos, a quien le mataron durante los sucesos a su hijo Crisanto, fue allanada en septiembre del año pasado. Al colocar la denuncia ante la Fiscalía se averiguó que los que cumplieron el allanamiento no pertenecen a ningún cuerpo policial y que la orden no salió de ningún tribunal. Así mismo al iniciarse las exhumaciones, funcionarios de la DIM se hicieron pasar por sepultureros y reporteros gráficos.

El encadenamiento de las madres de los desaparecidos en los sucesos de febrero, a las puertas de Miraflores, pidiéndole directamente al Presidente Pérez que tomará cartas en el asunto, fue una forma de responder a tantas trabas, una manera de decir que todavía tenían fe en la justicia y en la democracia, enfrentándose en una batalla desigual, que parece ser van ganando, a pesar de los inconvenientes.

Una batalla en la que la solidaridad y el amor—hacia el resto de los compañeros, hacia ellos mismos y hacia el familiar perdido— han sido fundamentales, pero en la que la fe ha sido el mejor instrumento, el arma principal.

legal, a declarar ante la prensa, a dirigirse ante un fiscal público, a conocer aún más sus derechos. Además, hacen guardia día y noche en La Peste, escriben cartas a diferentes organismos y manejan su realidad con una coherencia increíble. Han crecido para poder llegar al fondo de todo y hacer que la justicia sea justa, una vez por todas.

—Cada día me convengo más de que los familiares no podían sembrar tragedia, tenían que sembrar esperanza. Una de las cosas que en estos dos años hemos logrado es la relación con la Fiscalía, con quienes hemos hecho un trabajo coordinado, demostrando que un ministerio público puede ser efectivo.

Todos los sábados, desde hace dos años, Cofavic se reúne. Así, con esta labor de hormiguita, han ido labrando su estrategia, consiguiendo sus objetivos, creciendo juntos. Después se les han unido otros grupos de derechos humanos, como La Red de Apoyo por la Justicia y La Paz, Provea, Fedefam, entre otros, para prestarles su apoyo. Pero el principal apoyo lo tienen dentro, en ellos mismos.

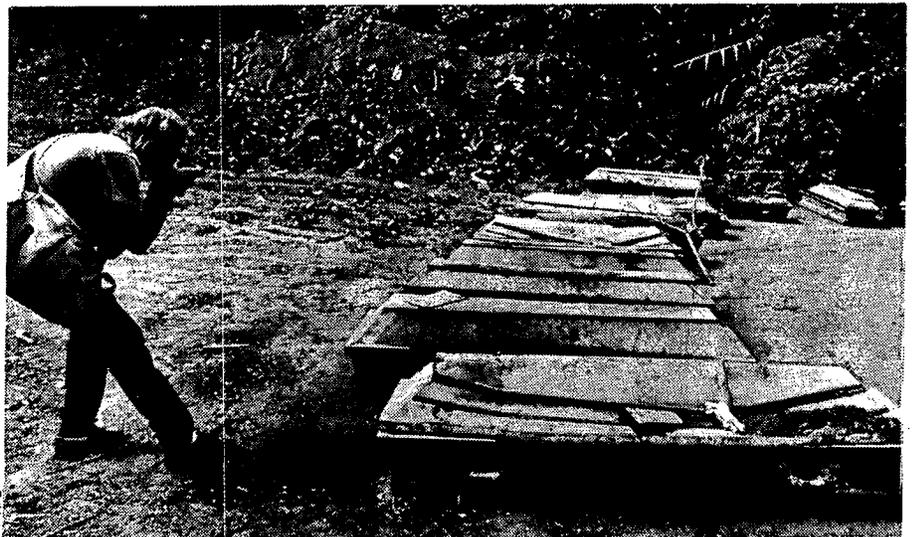
CUANDO EL INSTRUMENTO DE LUCHA ES LA FE

La batalla ha sido increíblemente ardua y aún queda un largo trecho por delante. Sin embargo los familiares, en su mayoría mujeres, se ven llenos de fuerza y esperanza, aguardando tranquilos los re-

sultados del día, imperturbables. Y es que la fe los mueve. En una oportunidad el Padre Matías Camuñas comentó “Estas mujeres, que en apariencia son tan débiles y pequeñas, son fuertes y seguras. Con su presencia a pesar del horror, demuestran que Dios está con ellas”.

Han sido innumerables; sin embargo, las piedras de tranca. Desde las eminentemente legalés, llenas de complicaciones, en los que los tribunales se han declarado incompetentes en espera de la decisión de la Corte para seguir el juicio. Treinta casos que han seguido mil y un caminos, de uno a otro tribunal, de uno a otro inconveniente.

—Como ha sido un proceso muy largo, la relación con los medios ha sido difícil.



FRASO